

drés el carretero se presentó con su tarjeta en la mano en la hermosa casa del señor marqués de la Caridad.

## III

Primera perorata del marqués de la Caridad en contra de la blasfemia. El pobre carretero no sabe dónde meterse.

**E**RA el marqués de la Caridad uno de esos hidalgos de añeja y ya casi perdida cepa, que, nobles por la cuna, lo son más aún por el alma. Distinguido en medio de su sencillez, humilde en el esplendor de las grandezas, verdadero pobre de espíritu nadando en la opulencia, cuando estaba rodeado de los pobres, cosa que le pasaba todos los días, era el padre de los pobres; y cuando, por deberes que absolutamente no podía excusar, alternaba con los poderosos y cortesanos, los grandes de España eran muy chicos á su lado. ¿Por qué? Porque á él no lo engrandecían, como á los más, sólo los pergaminos; tenía la grandeza del corazón y de la virtud, y la más rara grandeza de despreciar cuanto no fuese grandeza de virtud y de corazón.

Un día, un pariente suyo, marqués como él, le dijo :

—Chico, veinte mil duros me gasté en e baile que di el viernes en honor de la condesa del Cuello Tieso.

—«Hubiéraslos dado á los pobres, y hubieras saboreado la felicidad única que trae consigo el dinero: la de hacer felices á los desgraciados. Los derrochas en bailes, y, sobre no crear más que envidiosos, das motivos sobradísimos á Dios para que no te dé más un dinero que tan mal empleas, y pretexto al socialismo para que te quite lo poco que te queda.»

En fin: que no había quien lo apease de la idea de que los ricos no son más que administradores de Dios en bien de los desgraciados, y que el que se cree absoluto propietario y se figure que pueda echar á los perros del lujo, del juego y de los vicios los millones, lo menos que merece es que Dios le quite la administración, y lo eche á él á pedir limosna, primeramente á la negra casa de la usura, y luego tal vez á mitad del arroyo.

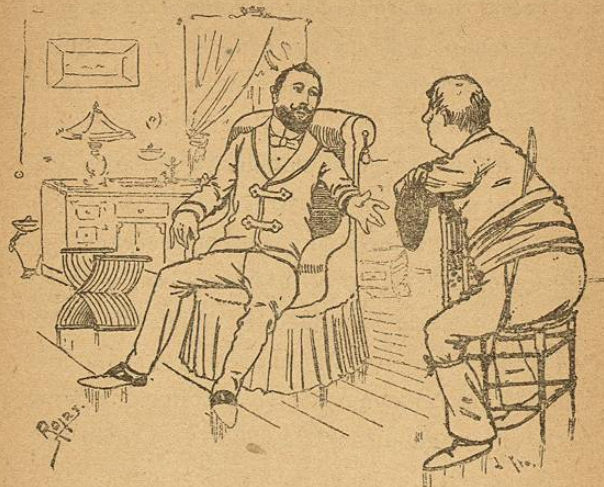
Con estas y otras teorías que defendía y practicaba el marqués, y por lo que sus parientes le llamaban extravagante, raro y hasta ridículo, había llegado el cristiano aristócrata á ser el padre de los pobres y el alma de todas las obras de caridad. Y le nacía este deseo de hacer

el bien, no sólo de la natural nobleza y generosidad de su alma, sino, sobre todo, de su profunda y viva fe religiosa, y de su amor á Dios y á los hombres por Dios. Y como era, por otra parte, hombre de convicciones y de carácter, católico dentro y fuera de su casa, enemigo de los que encienden una velita á San Miguel y otra al demonio, y generoso despreciador de esos respetos humanos que hacen de muchos católicos unos rastreros cortesanos del «que dirán», no permitía que en su presencia se ultrajase á Dios sin protestar él con varonil entereza, porque decía, y decía muy bien, que «si el soldado que deja pisar en su presencia la bandera de la patria es un traidor, el católico que deja en su presencia afrentar á Dios es un infame».

Necesarias eran estas explicaciones para que entendiéase el lector y se explicase la conducta del señor marqués de la Caridad para con Andrés el carretero.

Había dado el ilustre socio de San Vicente orden terminante á sus criados de que cuando viese á buscarlo un hombre del pueblo, con tales y tales señas, y presentase una tarjeta suya, sin detenerlo en el portal lo pasasen á su despacho. No extrañó la orden, porque cosas iguales eran el pan nuestro de cada día en aquella casa,

que más que habitación del Marqués, era palacio de la Caridad. Así lo hicieron, pues, los sirvientes apenas presentóse allí el pobre carretero, que estaba no poco turbado, sin saber en



El marqués y el carretero.

qué pararía todo aquel berenjenal en que su mala lengua lo había metido.

Mas fué tan buena la acogida, tan grande el cariño con que el Marqués lo recibió, le estrechó la mano y casi lo abrazó, llamándolo hijo y *amigo*, que el pobre carretero, confundido y confortado, al poco tiempo se encontraba allí como en su casa. Hizole el Marqués sentar, le pidió perdón, ante todo, por si el día de la *triste*

*escena* le había dicho alguna palabra que *personalmente* le hubiese herido, y luego le indicó que le había molestado invitándole á venir á su casa, para departir amigablemente un rato sobre cosas que á los dos interesaban. El compendio de aquel diálogo interesante lo queremos trasladar aquí para instrucción y enmienda de los que, siendo ó no siendo carreteros, juran y blasfeman como si lo fuesen. Que hay carreteros de frac y corbata blanca, como hay almas muy sucias en cuerpecitos muy perfumados, y lenguas que *huelen* muy mal en bocas que se procura huelan muy bien á fuerza de costosos enjuagues.

Conoció desde luego el Marqués que se las había con uno de esos obreros numerosísimos en España, que parecen muy malos porque hablan muy mal, pero en los cuales casi lo único malo es el lenguaje soez é impío que han aprendido no saben dónde, y repiten á cada palabra sin saber por qué. Tenía el bueno de Andrés muy buen corazón, unido á un genio de todos los diablos, y ninguna ó poquísima educación en medio de una honradez natural que para sí quisieran muchos señorones, y ojalá que la quisieran, porque ya sería algo.

El origen de toda su desgracia estaba en que

jamás había habido quien puliese un poquito no más aquel alma que estaba tan en bruto que apenas sabía Andrés que tenía alma. Pero el Marqués vió desde luego que era hombre á quien se podía hablar al *alma*, y se fué desde luego al bulto de esta manera :

— Cuando el otro día, mi querido Andrés, (y permíteme te hable con esta confianza, pues tú me la inspiras y yo deseo merecértela); cuando el otro día te oí repetir frases horribles, que no queman los labios del que las pronuncia porque ya esos labios se han hecho insensibles á fuerza de repetir palabras infernales, decía yo para mí lo que ahora te digo á ti, y en ti á cuantos manchan su alma con el horrible pecado de la blasfemia. ¿Por qué habéis de hablar así? ¿Qué motivos tenéis para ultrajar de continuo á un Dios que no cesa de colmaros de beneficios? ¿Quién si no Dios nos da el aire que respiramos, la luz que alumbra nuestros ojos, el pan que nos llevamos á la boca, la salud, la honra, el bienestar, todo cuanto somos? ¿Qué hay dentro y fuera de nosotros que no lo debemos á Dios, que no sea un don de nuestro Padre, que está en los cielos? Y, sin embargo, tú como muchos que hablan como tú, no eres un ingrato, y mucho menos un malvado. Tienes

corazón, y un pequeñísimo favor que recibas de cualquiera, una prueba de cariño que te den, la agradeces y estimas, y serías capaz de arriesgar tu vida por quien te hiciera un beneficio. ¿Por qué con todos tan agradecido, y sólo con Dios monstruo de ingratitud?

¿Qué dirías de tus hijos si no tuviesen en la vida más ocupación que maldecir y execrar el nombre tuyo, que eres su padre? ¿Qué si te pagasen tu amor, tus afanes, tus sudores por ellos, el haberles dado el ser y la vida, con esa rabia satánica, con esas convulsiones de ira, con esos aullidos de satánico furor con que pagas los beneficios de Dios, contra el cual conviertes cuanto te ha dado, la razón, la palabra, el corazón, puesto que no parece sino que sólo lo reconoces por Dios para afrentarlo é injurarlo?

¡Oh! Sería increíble si no lo viésemos con nuestros ojos, si no llegasen todos los días á nuestros oídos esas imprecaciones horribles de los que, ¡pobrecitos desgraciados! blasfeman de Dios, que es su Padre; de Jesucristo, su Salvador y Redentor; de la Virgen María, su madre. ¡Madre mía! ¿Qué nos has hecho tú, tan dulce y tan tierna, para que así te ultrajen los hombres! ¡A ti, vida, dulzura y esperanza nuestra! Obra del demonio tiene que ser, pues no parece que quepa

tanta dureza en pechos humanos. Las fieras no hablarían así si tuviesen el don de la palabra. Para blasfemar es preciso ser peor que una fiera: es menester convertirse en un aborto del infierno, en una imagen de Satanás.

«Supongamos, mi querido Andrés, dice un autor, que un náufrago, arrojado por la tempestad á las playas de una desierta isla, viéndose próximo á morir de hambre ó ser devorado por las fieras, se encuentra de repente con un ángel que, asiéndole cariñosamente entre sus hermosos brazos, le consuela y abriga sus atheridos miembros para volverle la vida.

—Ven, amigo mío—le dice;—voy á remontar contigo el vuelo á través del Océano para volverte á tu patria y colocarte de repente junto al hogar donde rezan por ti tu esposa triste y tus afligidos pequeñuelos.

»Y diciendo y haciendo, le eleva blandamente para cruzar con él los mares, despreciando la tempestad.

»Ahora bien: supongamos que, una vez en medio del Océano, cuando se oye allá en los abismos el furioso batallar de las olas que se estrellan contra las rocas y el espantoso rugir de los elementos que batallan unos contra otros, le ocurriese al náufrago volver el rostro y decir

al ángel, su salvador: «Eres nada, y te desprecio; eres un miserable, y te escupo. Aquí donde tú me ves, te reto y te desafío para reirme de tus furores y burlarme de tu poder.»

»Dime, amigo, ¿qué juicio formarías de ese hombre? ¿Qué te parecería á ti aquella escena del ángel, sosteniendo al hombre para que no perezca, y el hombre desafiando al ángel en el mismo instante que cruza los abismos?

»¿Le llamarías estúpido?

»No; es poco.

»¿Le llamarías ingrato?

»No: es poco.

»¿Le llamarías loco?

»Sí; tal vez loco y ciego, porque sólo por la locura y la ceguera podría explicarse tan absurdo proceder. Pues ahí tienes pintado, aunque muy débilmente, lo que sucede con el blasfemo.

»El hombre es un náufrago arrojado del paraíso; es un ángel caído que se acuerda de los cielos; es un desdichado á quien sus culpas desterraron de su verdadera patria y del reino de su Padre celestial, al que no puede volver sin salvar inmensos abismos de pasiones tempestuosas, infiernos de justicia, que tiene mil veces merecidos. Dios mismo, con su misericordia y con su gracia, le levanta cien veces,

le anima, le consuela, y últimamente le suspende en los brazos de su clemencia para conducirlo al suspirado puerto.

»Y, sin embargo, ese mismo hombre, al atravesar el camino, cuando bastaría á Dios abandonarle simplemente para que pereciera, se atreve á escupir al rostro de su Salvador, insultándole groseramente con las más horribles blasfemias.

»¿Quién puede explicarse tamaña locura?

»Si el que necesita á un médico para que le cure, lejos de ofenderle se apresura á agasjarle; si el que necesita obtener de otro el más pequeño favor cuida mucho de demostrarle su respeto y su gratitud, ¿qué especie de locura inspira al hombre á faltar, respecto de Dios, que es su salud y su vida, á las más sencillas reglas de la prudencia humana?

»Yo casi adivino la razón.

»¡Tiene Dios tanta paciencia! Tal vez se ocupa poco de los hombres, dicen.

»¡Qué ciega ignorancia!

»Si la paciencia de Dios es grande, grande y segura es su justicia.

»El blasfemo impenitente no puede tener buen fin. Huérfana su familia de las bendiciones de Dios, no puede menos de ser, tarde ó

temprano, presa de la más negra desgracia.

»¡Cuántas inesperadas tragedias presencia uno en el mundo que tendrán su secreta explicación en la lengua de un blasfemo!

»¿Que Dios no se cuida de los hombres? ¡Necios! Se cuida de dar vida á los insectos más despreciables; se cuida de nutrir las esponjitas en medio de los mares, ¿y no había de cuidarse del único ser que crió para que le conociese y le amase, del único ser á quien quiso dar el dulce nombre de hijo?

»¡Desdichados blasfemos, que secan con sus lenguas el rico venero del amor de Dios! No saben lo que se hacen. ¡Oh! Si lo supieran, meterían, llevados de su arrepentimiento, la lengua en el fuego, como metió Mucio Scévola la mano para castigar su torpeza.»

Preciosa imagen, amigo Andrés, de la bondad infinita de Dios y de la infinita malicia é ingratitude del hombre.

Por otro lado, tú no sufrirías que ningún insolente amenazase á tu madre, á tu esposa, á los hijos de tu alma con una mirada siquiera, sin que te airases al punto y le hicieses pagar caro al ofensor su atrevimiento. Así te portas, y por eso te llaman honrado y buen padre.

Pues... ¿es posible que sólo Dios, el más leal

de los amigos, el más cariñoso de los padres, no te merezca iguales atenciones? Un ultraje á un pordiosero de la calle no se lo harías tú, ni consentirías se le hiciese, ¡y tú lo estás haciendo á todas horas contra la divina Majestad! Dime, ¿qué razón puede abonar, ó siquiera excusar, esta tu conducta? Con todos te precias de bien educado: con sólo Dios de grosero; con todos de justo: con sólo Dios de mal pagador; con todos de agradecido: con sólo Dios de ingrato. Á quien te hiciera lo que Él hace á todas horas por ti, ¡cómo le servirías y honrarías! Nada te parecería bastante para mostrarle tu afecto y rendida voluntad. Á quien te tratase como tú le tratas á Él, ¿qué venganza te parecería proporcionada á tal injuria? ¿Qué castigo proporcionado á tal maldad?»

Oía Andrés la perorata del aristocrático misionero aturdido y confuso. No sabía si llorar, si excusarse, si defenderse ó si ponerse de rodillas y pedir á gritos perdón. Pálido al principio al oír cosas en que jamás había reparado, enternecido después porque las ardientes palabras del caballero herían fibras delicadas del alma, furtivamente primero, y luego á las claras, empezaron á surcar ardientes lagrimones aquellas tostadas mejillas que hacía ya muchos

años que no sentían el riego benéfico del llanto que ablanda, purifica y fecunda.

— Tiene Ud. razón, señor Marqués, — dijo al cabo de un buen rato que estuvo luchando con los sollozos; — tiene Ud. mil veces razón; soy un Judas infame, digo mal, soy más infame que Judas y no merezco ni lástima ni perdón. Si mis hijos me maldijeran y execraran, como yo lo he hecho con Dios..., yo no los perdonaría... ¿Cómo ha de haber perdón para mí? No, no lo hay, no lo debe haber...

— El que tú no perdonases probaría que tú eres hombre, y el que Dios ansíe perdonarte prueba que él es Dios, es decir, que es el Padre de la misericordia. Perdonó á San Pedro, que renegó de él; hubiera perdonado á Judas si Judas le hubiera pedido perdón; ¿y no te ha de perdonar á ti? Un pecado no más hay peor que la blasfemia, porque es el pecado único que no tiene remedio... la desesperación.

No, amigo mío; á Dios, que le gustan tanto los arrepentidos, que hizo piedra fundamental de su Iglesia de un perjurio que lloró, y Apóstol de las gentes de un blasfemo que se convirtió, no le pueden agradar los pecadores que desconfían de su misericordia. Dios, antes que nada, es Padre, y el padre siempre perdona al hijo

que llora y se arrepiente. Ánimo, y no volver á pecar.

Con estas y otras consideraciones, y sobre todo con muchísimo amor y cariño, despidió el bueno del marqués al infeliz carretero, dándole como recuerdo de aquella primera visita algunos libritos muy apropósito para alumbrar su obscuro entendimiento y preparar la voluntad, ya blanda, á abrazarse por completo con el bien. Añadió á los consejos unos cigarrós de los de *corbata republicana* y un buen cartucho de dulces, diciéndole:

— Y eso para los chicos.

Andrés se hizo un merengue á vista de tanta bondad, y se despidió del Marqués hasta muy pronto, diciendo para sí:

— ¡Caramba! Si todos los marqueses fueran como éste, al primero que me hablase contra ellos en el club le rompía yo la cara. Pero, ¡ca!, no deben de ser todos así...»

Y Andrés el carretero tenía razón.

## IV

Excúsase el carretero como puede diciendo, entre otras cosas, que blasfema, pero que lo hace por costumbre.

**E**N siglo se le hizo al bueno del carretero la semana que transcurrió sin ver al Marqués. Había quedado tan agradecido á su generosidad, y tan enamorado de quien tan bueno era para con él, que ansiaba el que llegase el día en que por segunda vez había de tener la fortuna de visitarle. Entretanto, aprovechaba todos los ratos que sus obligaciones le dejaban libres para leer é instruirse en los libritos de propaganda que el caballero le había dado; y como en medio de sus blasfemias, nacidas más de barbarie que de malicia, aquel hombre estaba sano, la semilla del bien caía en excelente tierra, y la luz de la verdad alumbraba sin obstáculos aquella inteligencia que no tenía más nubes que las de la ignorancia.

Puntual como un reloj, el domingo inmediato, á la hora convenida, estaba Andrés en la casa de la calle de la Beneficencia. Las puertas todas se le abrieron de par en par, y á los pocos instantes estaban departiendo cariñosamente

aquellos dos *amigos*, que bien los podemos llamar así, ya que el bueno del Marqués, si tenía por parientes y conocidos á la mayor parte de los individuos de la grandeza, no tenía más amigos que los pobrecitos y pequeñuelos. Él los llamaba amigos, pero ellos lo llamaban padre.

—Bien venido, mi querido Andrés; te esperaba, y no para encajarte un sermón como el del otro día, que seguramente no te hará falta, sino para conversar contigo, ya que tan provechosas dices que te son mis palabras.

—Mire Ud., señor marqués: no me trate usted con tanta *parsimonia*, ni me crea Ud. un santo tan de repente, que todavía soy malo, pero muy malo. A pesar de todo lo que he leído y todo lo que Ud. me ha predicado, todavía conozco que me bullen los demonios en el cuerpo, y apenas me sucede algo que no me gusta, ¡vamos! me vienen á la boca mil barbaridades y herejías... Pero es lo que yo me digo: yo no creo que peco tan gravemente en eso... Si no es más que una mala costumbre.

—Mala, pero *malísima* é infernal costumbre por cierto. Pero, *vamos*: ¿crees tú que el hacerlo por costumbre *aminore* tu culpa? Figúrate que va á los *tribunales* un ladrón de oficio ó un asesino de *profesión*, y dice: «Señor juez, no me



condene Ud.: ¡si lo hago por costumbre! Estoy robando y matando hace muchos años, pero ¡ya ve Ud!, fuera de esa mala costumbre, que no depende ya de mí..., soy un hombre de bien.» ¿Qué harías tú con quien así te hablara? ¿Lo ahorcarías, ó le darías una gran cruz?

—Pues yo mandarlo al palo, y cuanto antes, para que perdiera allí su mala costumbre. ¡Pues no faltaría más! Y en caso de darle una gran cruz, sería para que lo colgasen de ella por criminal y perverso.

—Harías muy bien. La costumbre en todo crimen es una circunstancia agravante que revela una naturaleza pervertida y un corazón avezado al mal. Bien que la blasfemia es horrendo pecado, es espectorar veneno y arrojarlo contra el cielo; pero cuando se hace por costumbre, es el sumo de lo irracional y de lo malvado. ¡Blasfemo por costumbre! Pues por *costumbre* es el blasfemo un demonio en carne humana, y por *costumbre* se condenará, ya que por *costumbre* es un condenado que anda por la tierra. ¡Pues bonita excusa, cuando esa perversa costumbre de muchos es la que mancha é inficiona la atmósfera que respiramos, cuando ese lenguaje inundo, soez y grosero ensucia más las calles que la misma basura que se reco-

ge por orden de la autoridad, y al blasfemo nadie lo recoge!

¡Bonita excusa la de su costumbre cuando el blasfemo es el que enseña á blasfemar á los niños que le oyen, y hace de las lenguas de esos angelitos, que no debían de saber más que rezar y alabar á Dios, lenguas de ángeles caídos del cielo de la inocencia, que pierden aun antes de poder conocerla! ¿No sabes que el Evangelio maldice al que escandaliza y roba el candor á los pequeñuelos, que son como los ángeles de Dios?

—Conozco, señor Marqués, que le sobra á usted la razón como siempre; que he sido y soy un criminal, y daría un ojo de la cara por arrancarme ese mal hábito. ¿Yo ser la causa de que mis hijos, los hijos de mi alma, hablen como yo?... ¿Yo hacerlos unos criminales?... ¿Yo contribuir á su eterna perdición?... ¿Pero quién me ha de quitar esta mala costumbre?

—Pues tú mismo (con la gracia de Dios) te la has de quitar. Y si no te la quitas, es porque no quieres de veras. Tú la adquiriste queriendo; tú la perderás si quieres. Mira: si cada blasfemia te costase un dolor de muelas ó de tripas, de fijo no blasfemarías la segunda vez después de tal resultado. Si un juez de la tierra te amenazase

con una pena, ó te hiciese pagar un duro sin remisión á cada taco que echases por esa boca, fuera la tuya como la del mejor cristiano. Empieza, pues, á temer el pecado como temes los males del cuerpo. Empieza á temer al Juez divino como temes á la justicia terrenal. Ya verás cómo conoces lo malo que haces cada vez que blasfemas, y el daño que acarreas, y el castigo á que expones por ello á tu pobre alma, que un día ¡no lejano! se ha de presentar á riguroso juicio.

Óyeme un caso verdadero, que tal vez te acabe de convencer.

También creía no poder desacostumbrarse del vicio de blasfemar y soltar juramentos un viejo militar, lleno de años y cicatrices, á quien servía en su enfermedad postrera una de esas Hermanas de la Caridad que van, como sabes, á cuidar enfermos á domicilio. Teníale ganado con sus excelentes servicios el corazón la buena Hermana, y hábale reducido á las prácticas de piedad, que el bravo soldado había olvidado un tantico, ocupado en sus campañas. Pero en cuanto á quitarse el vicio de blasfemar, no podía el pobre vencer (así decía él) su arraigada costumbre. A cada desapiadado tirón que le daban los nervios, soltaba el viejo mil sapos y

culebras de campamento, que á la pobre religiosa la dejaban horrorizada. La caridad ingeniosa sugirióle á la Hermana un modo de corregirle, y fué el que vas á oír.

—General,—le dijo,—me estáis agradecido, y lo conozco, y mil veces me lo habéis dicho. Voy, pues, á pedir os un favor.

—Decid, Hermana, decid; así pudiese corresponder con algo á vuestras bondades. ¿Cuál es la petición?

—Una friolera, General: no soltaréis jamás una blasfemia, por vivos que sean los dolores que os atormenten.

—Imposible, Hermana, imposible. Estoy acostumbrado, y no me puedo vencer.

—Es que no he llegado aún á mi petición, General; no hice más que sentar el precedente. Como bravo militar sois hombre de honor, y si me dais palabra de honor la cumpliréis.

—No la daré, Hermana, porque no la puedo cumplir.

—Pero, ¡por Dios!, calma, amigo mío, que no hemos llegado aún á lo bueno. La palabra de honor que daréis será, no de no blasfemar, que eso me decís os fuera imposible cumplirlo, sino de darme inmediatamente una peseta para los pobres á cada blasfemia ó juramento que

soltéis. Que eso lo podréis perfectamente cumplir.

—Convenido, Hermana; no os lo puedo negar; pero no llevaré yo mala penitencia.



—General, — dijo la Hermana, — por cada blasfemia daréis una peseta para los pobres...

Y conforme á la palabra de honor empeñada, llevábale cada noche la Religiosa al buen militar la cuenta de sus blasfemias, que, á razón de cuatro reales una, salíanle al pobre más caras

que todos los gastos de la enfermedad. Quiso entrar en explicaciones. Pero la palabra de honor estaba de por medio, y el honor es para un soldado más que la vida. La inflexible Hermana acudía á cobrar todas las noches sus limosnas, sin descontar ochavo. Pero se observó que cada noche cobraba menos, porque el militar, conforme veía lo caras que le salían, menudeaba menos cada día sus groseras inconveniencias. Así logró deshacerse poco á poco de un vicio que juzgaba él no poder en modo alguno desarraigarse. La noche en que por vez primera le llevó la cuenta en blanco, díjole, entre seria y burlona, la buena religiosa:

—General, á peseta cada una os han parecido muy caras las blasfemias, y así habéis trabajado por ahorraros ese gasto del presupuesto. Más cara os presentará la cuenta Dios si volvéis á ellas, porque cada una os costará una eternidad. Conque... dadme ahora la palabra de honor de no blasfemar ya más, que bien veis se puede cumplir si se quiere. Aquí os devuelvo vuestro dinero, que bien lo habéis menester.

—¿Qué te parece la historia, Andrés?

—¿Sabe Ud. que esa monja sabía más que el Gobierno? Si los alcaldes hicieran eso, pronto acabarían con los deslenguados.

—No acaban porque no quieren. Pero Dios los juzgará. Ahora aplícate el caso, pues que tienes la horrible desgracia de ser blasfemo... y ¡por Dios!, ¡por su bendita Madre!, ¡por tu alma!, no blasfemes ya más. Haz un propósito firme de examinar cada día las veces que has caído en tal pecado, y por cada una reza antes de acostarte una oración, ó besa el suelo pidiendo á Dios misericordia.

Ya verás cómo por este sencillo ejercicio se te fija algo la atención en esas porquerías y las vas dejando poco á poco, y llegará un día en que tú mismo te horrorices al pensar lo que fuiste, y los malos ejemplos que con tu boca blasfema dabas á tu mujer, á tus hijos y á la vecindad.

Y sobre todo, querido Andrés, huye, huye como del cólera de los sitios y compañías en que por lo regular se blasfema. ¿Sabes que en la taberna y en el café (que no es sino una taberna con camisa limpia), sabes, digo, que allí se jura y se perjura, y se sazona toda conversación con esa horrible salsa de condenados? No pongas, pues, el pie en la taberna; no entres poco ni mucho en el café. ¿Sabes que es aquel mal amigo quien con su lenguaje soez te incita y provoca á proferir palabrotas? Abandona el mal amigo,

que no lo es tuyo, sino instrumento del demonio para tu perdición. Si lepra tuviese aquel lugar ó persona, ¿te rozarías con ellos? Pues, ¿qué le-  
¡ra peor que esa de la blasfemia?

Y luego, y sobre todo, teme á Dios; rézale con frecuencia, así como á su bendita y purísima Madre; piensa en la muerte; atiende al juicio; considera el infierno. Acude al templo á menudo, que allí se alumbra con sus santas influencias el entendimiento, y se alienta el corazón, y se calman las pasiones alborotadas. Para curar tu cuerpo, ¿no adoptas cualquier medicación por enojosa que te sea? ¿Y no adoptarías ésta, tan fácil para curar tu pobre alma?

—Yo le prometo á Ud. por quien soy, que antes me cortarán la lengua que emplearla tan mal como hasta aquí. Pero no se enfadará Ud. si le pongo algunos reparos, que deseo que usted me aclare...

—Di todo lo que quieras, Andrés.